

sitit, continúa S. Agustín, *pro quibus sanguinem fudit*. Tengo sed de vuestra fe y de vuestro amor: anhelo vivamente porque este pobre pueblo y el género humano todo entero no se pierda por su incredulidad, suspiro porque crea en mí y se salve. ¡Oh dichosos y bienaventurados, exclama Belarmino, aquellos que oyen las palabras de Cristo, y acorren á Él como á fuente de aguas vivas á satisfacer su sed! ¿No ha dicho Él: *Si alguno padece sed, venga á mí, y beba*¹? ¿No es Él quien por Jeremías se queja amorosamente de su pueblo: *Á mí me dejaron, que soy fuente de aguas vivas, y abrieron para sí fosos rotos que no pueden conservar el agua*², cisternas cenagosas, que, lejos de apagar la sed del corazón, no hacen sino aumentar el ardor de la concupiscencia? ¡Ah! ¿por qué no acuden á Cristo, fuente de aguas vivas, todos aquellos á quienes aqueja la sed insaciable de felicidad, que, en el hombre del pecado, se traduce por sed de riquezas, honores y deleites? ¡Horrible sed que no podrá aplacarse sino trocada en sed de bienes celestiales! ¡No! la tierra no tiene bastante oro, ni el mundo bastantes placeres para dar á uno solo de estos sedientos la hartura y refrigerio que necesita. Es preciso buscar en otra parte, á la sombra de la cruz, el agua pura que salta hasta la vida eterna y da felicidad verdadera. *Omnes sitientes venite ad aquas*³.

4. ¿Qué hacemos, entre tanto, nosotros en nuestra ceguedad é ingratitud? Despreciando el dulce llamamiento de Cristo, sordos á las voces y gemidos de su corazón, corremos desatinados al vaso lleno del vinagre de nuestra maldad, y le brindamos la esponja de la

¹ Io. 7, 37.² Ier. 2, 13.³ Is. 55, 1.

hipocresía ó de una cruel indiferencia. ¡Mirad al apóstata, al hereje, al cismático! ¡Cómo desprecia en su locura la voz paternal de Cristo moribundo que le dice: *Sitio*: Tengo sed de tu fe, pero de una fe sincera, pura, humilde, cabal y acompañada de buenas obras, no de una fe vana y soberbia, acomodaticia á las pasiones y resultado del capricho; no de una fe alterada con errores, cual vino mezclado de hiel, como vinagre ingrato y pestilente. ¡*Dáme de beber*! Y el infeliz sectario que se obstina en resistir á la autoridad doctrinal de la Iglesia, ¡niega á su Dios una gota de agua pura, y le presenta ufano una copa de vinagre! — Mirad otrosí al mal católico, que, contento con profesar la verdadera fe de Cristo, no se cuida de ajustar su vida con el tipo del verdadero cristiano, como si fuese bastante la fe muerta para ganar la vida eterna. En vano le da voces Jesucristo desde la atalaya de su cruz: *Sitio*: Sed tengo de tu salvación; rompe ya las cadenas del vicio, abandona esa vida de desorden, conviértete á mi amor y vén á implorar el perdón de tus delitos, pues por ti vierto mi sangre, por ti muero, y no quiero morir sin perdonarte. ¡Ah, mis amados oyentes! ¿Seremos tan ingratos, como los sayones del Calvario, que brindemos á nuestro Redentor el vinagre de una fría obstinación en vez del vino generoso de una conversión sincera? Presentémosle aquí mismo la esponja de nuestro corazón deshecho en lágrimas para merecer algún día oír de sus labios el: *Venite, benedicti Patris mei*¹, *pues tuve sed, y me disteis de beber*.

¹ Matth. 25, 34.

SEXTA PALABRA.

Consummatum est (Io. 19, 30).

Consumación y perfección de la grande obra: la Redención está concluída.

1. ¡Grande y profunda palabra! No alcanza á concebir la mente humana un epílogo más sublime de la carrera más gloriosa, un fin más digno de la más grande de las empresas de Dios... *Consummatum est!* ¡Con qué serenidad, con qué acento de satisfacción pronuncia el Redentor esta sentencia, después de haber verificado la última profecía que le quedaba por cumplir! ¡Con cuánta verdad puede ya decir, viniendo á cuentas con su pueblo, con todo el género humano: *Quid ultra debui facere vineæ meæ, et non feci ei?*¹ En efecto, discurre San Agustín, no le quedaba al Señor nada que hacer, antes de morir: *Nihil remanserat quod, antequam moreretur, fieri oporteret*². Reflexionemos y aprendamos. La Redención, por parte del Salvador, está completa; sólo falta que hagamos lo que está de nuestra parte para aprovecharnos de sus merecimientos y poder decir también: «Mi salvación está asegurada», *Cursum consummavi*³.

2. Como el viajero infatigable que, llegado al término de su correría, divisa desde la alta cima allá á lo lejos las regiones que ha recorrido, á través de profundas quebradas y ásperas serranías; ó bien, como el guerrero victorioso que registra con mirada de águila el vasto campo de batalla donde ha recogido cosecha de laureles inmortales: así el divino triunfador del infierno y sus legiones, el descubridor del mundo nuevo de la Historia, el conquistador del cielo, vuelve la serena

¹ Is. 5, 4.² Tract. 119 in Io.³ 2 Tim. 4, 7.

mirada á los cuarenta siglos que le han precedido en ávida expectación de su venida, recuenta las voces proféticas que le han anunciado, repasa los símbolos que le han figurado, los sucesos que le han preparado el camino, los votos de los Patriarcas, las promesas reiteradas de siglo en siglo, los últimos treinta años, su vida, sus peregrinaciones, sus luchas, sus dolores... y al ver este cúmulo de acontecimientos secundarios, enlazados estrechamente y subordinados todos al grandioso acontecimiento que se está cumpliendo en la cruz, Jesucristo, el Mesías verdadero, el Deseado de todas las naciones, el Pontífice de la nueva Alianza, el Padre del siglo futuro... no puede menos de exclamar: *Consummatum est*, todo está terminado, la grande obra está concluída: sólo me resta poner el espíritu en manos de mi Padre.

3. Por otra parte, mirando Cristo á lo presente, próximo ya á exhalar el último suspiro, ya casi denegrido el rostro y velado por las sombras de la muerte, viendo así consumado el deicidio y realizada la obra de iniquidad de los judíos, ¿qué podía decir sino que todo estaba consumado? ¿No estaba colmada la medida de la humana maldad? ¿no quedaba satisfecho el furor de sus enemigos, y harta la rabia de los poderes infernales? Para atormentar al Santo y apurar su paciencia invencible ¿no se habían agotado todas las invenciones humanas y diabólicas? Todo el cuerpo era una llaga, el aliento iba extinguiéndose, las venas estaban exhaustas, la vida se escapaba, y hasta los verdugos yacían por tierra cansados. ¡Qué espectáculo tan desgarrador! *Fera pessima devoravit eum*¹. ¡El cordero inocente expirando

¹ Gen. 37, 20.

entre las garras de los lobos que le han despedazado! Pero á lo menos así terminará la serie de dolores y trabajos de tan larga peregrinación y tan atroz martirio. Con esto tendrán fin las penalidades, compañeras inseparables de la naturaleza humana, el hambre, la sed, el cansancio, las injurias, los azotes... con esto quedará desarmado para siempre el poder otorgado por él mismo á sus enemigos sobre su persona, quedando juntamente burlado y destronado el infernal tirano que enseñoera el mundo. *Nunc princeps huius mundi eiicietur foras*¹. Anonadado será el imperio del demonio sobre la tierra, porque, rescatados los cautivos, van á ser derruidas las fortalezas del fuerte armado, derribados sus altares y proscrito su inmundo culto. El paganismo cruje, sacudido por el gran cataclismo del Calvario: los antiguos dioses van á rodar de sus pedestales, heridos por el rayo de la única religión universal y eterna, el cristianismo. También va á apagarse el sagrado fuego de los holocaustos judaicos, una vez consumado el sacrificio de todos los sacrificios, al cual miraban, como sombras á la verdad, todos los ritos de la Ley antigua. Oíd al Pontífice San León: *Trajiste, Señor, todas las cosas á Ti, porque, cesando ya la muchedumbre de los sacrificios carnales, uno solo, el de tu cuerpo y sangre preciosísima, vale cumplidamente por todos juntos*². ¡Qué sacrificio el del Calvario, renovado á cada instante en cien altares por toda la extensión de la tierra! ¡Qué sacrificio aquél en que un Dios-hombre es el sacrificador, el ara la cruz, la hostia el Cordero de Dios, el fuego con que se ofrece, la caridad, y el fruto la salud del mundo! ¡Sacrificio y oblación eterna, la más excelente

¹ Io. 12, 31.² Serm. 8 de Pass.

que se halló jamás! Tal fué el sacrificio consumado en el Calvario: por eso dijo Jesucristo: *Consummatum est*.

4. De esta suerte, queda asegurada para siempre la salvación de todos los hombres, objeto de la ardiente sed del Redentor. *Ecce Agnus Dei!* He ahí el Cordero de Dios; he ahí el que quita los pecados del mundo¹; Cordero inmolado desde el principio del tiempo, por cuanto el valor infinito de su sangre aprovechó á los pecadores de todos los siglos, así de los que le siguieron, como de los que le precedieron, presentes todos á los ojos de la Providencia. La Iglesia, pues, esta Esposa inmaculada del Cordero, esta Madre de todos los vivientes, edificada del costado de Cristo, como Eva de la costilla de Adán, ha nacido ya entre los últimos suspiros y agonías de Jesús. Así entienden muchos Padres y Doctores el *Consummatum est*, diciendo que el edificio de la Iglesia quedó entonces coronado y perfecto, porque no fué Cristo como aquel hombre que *empezó á edificar y no pudo acabar*². Este místico edificio, empezado á levantar en el Jordán, cuando, bautizado el Señor, oyóse la voz del Padre que le constituía maestro universal, fué concluído en la cumbre del Gólgota con la muerte de su Fundador, misterioso sueño figurado por el del primer hombre en el Edén³. ¡Salud, Iglesia santa, Esposa única del Cordero sin manilla, templo vivo de Dios, arca de salvación, maestra y señora de todos los pueblos de la tierra! No hay otra Iglesia fuera de ti, ni hay salvación para el hombre y la sociedad sino en ti. Tú eres la obra perfecta, la obra maestra del Redentor, por quien dijo al morir:

¹ Io. 1, 29.² Luc. 14, 30.³ Augustinus, Epiphanius etc., apud Ráulica l. c.

Consummatum est. ¿Quién se atreverá á insultarte y despreciarte? ¡Ah! solamente el que se atreva á insultar al Hijo de Dios que te infundió vida con el último aliento de su corazón!

5. *Todo está consumado*, una vez asegurada, con la fundación de la Iglesia, la salvación de la gran familia humana. ¡Cuántos hombres, no obstante, se han perdido y se habrán de perder eternamente, á pesar del precio inmenso del sacrificio, á pesar de la virtud divina de la Iglesia y de la eficacia de los Sacramentos! Sí, mis amados oyentes, miles de hombres redimidos por Cristo se perdieron sin remedio; y nosotros también nos perderemos, si no practicamos las lecciones que nos da Jesús al exclamar: *Consummatum est.* ¿Qué lecciones? Valga una por todas: que no debemos dejar para el último instante de la vida la grande obra á que toda ella debe consagrarse, la de nuestra salvación. Jesucristo le ha dado la última mano en el Calvario, pero la había empezado en la gruta de Belén, y la había proseguido en todos los instantes de su vida, en Egipto y Nazaret, en Galilea y en Judea, demostrándonos que no sólo en el punto extremo de la muerte, sino durante el curso entero de la vida, no debemos pensar ni trabajar en otra cosa que en salvarnos, pues no otro es el fin y objeto de nuestra existencia: *Sive vivimus, sive morimur, Domini sumus*¹. ¿Lo hemos comprendido así, cristianos? ¡Ay, que quizás ni siquiera lo hemos pensado seriamente! ¡Y la muerte avanza por momentos y gana terreno á cada instante! Pues, ¿qué será de nosotros, si nos sorprende en la inacción y en la indolencia? ¿Podremos reparar entonces en una hora tantos años mi-

¹ Rom. 14, 8.

serablemente perdidos? ¡Dichoso aquel que, habiendo vivido como Cristo y para gloria de Cristo, puede exclamar como él á punto de expirar: *Consummatum est:* la obra de mi salvación está concluída!

SÉPTIMA PALABRA.

Pater, in manus tuas commendo spiritum meum (Luc. 23, 46).

Resultado final de la Redención, la vuelta del espíritu del hombre á las manos de su Padre, Dios.

1. Si las palabras anteriores de Cristo son graves y profundas, henchidas de misterios y ricas de enseñanzas, la séptima y última rebosa de dulzura, sabiduría y caridad. *Padre, dice, Padre mío, propio y verdadero*, declarándose, á la faz de cielo y tierra, consubstancial Hijo de Dios¹; — *en tus manos*, en el seno de tu omnipotencia y bondad, en esas manos con las cuales fabricaste el universo y me revestiste á mí de cuerpo; — *encomiendo*, entrego y deposito; — *mi espíritu*, mi alma humana y mi vida corporal, para recobrar aquélla en breve tiempo, y retornar también muy pronto de las sombras de la muerte á la vida triunfante é inmortal. *Pater, in manus tuas commendo spiritum meum.* Notad bien, amados fieles, que lo que Jesús resignaba propiamente en las manos seguras de su Padre, era vida preciosísima que iba á inmolar en aquel mismo instante á la gloria del Eterno, como nuevo y verdadero Isaac, sacrificado realmente con el cuchillo de la obediencia; y á tales manos la confiaba que pudiese volvérsela muy en breve, acelerando el día y hora de su Resurrección. De esta plegaria habla el Apóstol cuando dice: *Preces supplicationesque ad eum, qui possit illum salvum fa-*

¹ S. Beda: Patrem invocando, Filium Dei se esse declarat.